

Paolo Giordano

COMO DE LA FAMILIA

Traducción del italiano de
Carlos Mayor



Esta novela es un fragmento de una historia auténtica y dolorosa, reelaborada literariamente. Las desviaciones de la realidad no alteran de forma significativa la esencia de los personajes en los que se inspira.

Título original: *Il nero e l'argento*

Fotografía de la cubierta: © Mirjan van der Meer

Copyright © Paolo Giordano, 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Gilles Deleuze y Félix Guattari, «1914. ¿Uno solo o varios lobos?», en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. de José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta. Pre-Textos, Valencia, 1988, pág. 41.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-652-3

Depósito legal: B-5.018-2015

1ª edición, marzo de 2015

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

A la chica con la que salgo

¿Qué quiere decir amar a alguien? Captarlo siempre en una masa, extraerlo de un grupo, aunque sea restringido, del que forma parte, aunque sólo sea por su familia o por otra cosa; y después buscar sus propias manadas, las multiplicidades que encierra en sí mismo, y que quizá son de una naturaleza totalmente distinta.

GILLES DELEUZE y FÉLIX GUATTARI,
Mil mesetas

La señora A.

El día en que cumplí treinta y cinco años, la señora A. renunció de repente a la terquedad que, en mi opinión, la definía más que cualquier otra característica y, tendida en una cama que parecía exagerada para su cuerpo, abandonó por fin el mundo que conocemos.

Aquella mañana había ido al aeropuerto a recoger a Nora, que regresaba de un breve viaje de trabajo. Aunque estábamos en pleno mes de diciembre, el invierno se retrasaba, y las monótonas llanuras que había a los lados de la autopista palidecían bajo una fina capa de niebla, en un remedo de la nieve que no se decidía a caer. Nora cogió el teléfono y no habló mucho, se dedicó sobre todo a escuchar.

—Entendido, muy bien, el martes, sí —dijo en un momento dado, y luego añadió una de esas frases que nos proporciona la experiencia para poner remedio, cuando surge la necesidad, a la falta de palabras adecuadas—: Puede que haya sido lo mejor.

Me metí en la siguiente área de servicio para que pudiera bajar del coche y caminar sola hasta un punto indeterminado del aparcamiento. Lloraba quedamente, cubriéndose la cara con la mano derecha ahuecada para taparse la boca y la nariz. Entre las innumerables cosas que he descubierto de mi mujer en diez años de matrimonio está el vicio de aislarse en los momentos de dolor. Se vuelve inaccesible en un abrir y cerrar de ojos, no permite que nadie la consuele, y me obliga a quedarme allí plantado, espectador inútil de su sufrimiento; es una reticencia que alguna vez he confundido con la falta de generosidad.

Durante el resto del trayecto conduje más despacio, me pareció una forma razonable de mostrar respeto. Hablamos de la señora A., evocando alguna que otra anécdota del pasado, aunque por lo general no se trataba de auténticas anécdotas (no teníamos ninguna protagonizada por ella), a lo sumo de costumbres, costumbres tan arraigadas en nuestra vida familiar que las considerábamos legendarias: la puntualidad con la que todas las mañanas nos ponía al tanto del horóscopo que había oído por la radio mientras nosotros aún dormíamos; aquella forma de apropiarse de determinadas zonas de la casa, en especial de la cocina, hasta tal punto que nos daba por pedirle permiso para abrir nuestra propia nevera; las máximas con las que ponía freno a lo que, según ella, eran complicaciones inútiles que creábamos los jóvenes; su paso marcial, masculino, y también su tacañería incorregible.

—¿Te acuerdas de aquella vez que nos olvidamos de dejarle el dinero de la compra? Vacío el tarro de la calderilla y aprovechó hasta el último céntimo.

Después de unos minutos de silencio, Nora añadió:

—Pero... ¡qué mujer nuestra Babette! Siempre presente. Esta vez incluso ha esperado a mi vuelta.

No quise señalar que acababa de excluirme sin más del esquema general de las cosas, y tampoco tuve el valor de confesarle lo que estaba pensando en aquel preciso instante: que la señora A. había esperado al día de mi cumpleaños para dejarnos. En realidad, los dos estábamos fabricándonos un pequeño consuelo personal. Ante la muerte de alguien cercano, no nos queda sino inventar atenuantes, atribuir al difunto un último detalle de cortesía que quiso reservar precisamente para nosotros, disponer las coincidencias de acuerdo con un plan que les dé sentido. Sin embargo, hoy, con la frialdad inevitable que otorga la distancia, me cuesta creer que de verdad sucediera así. El sufrimiento había alejado a la señora A. de nosotros, de todo el mundo, mucho antes de aquella mañana de diciembre; la había empujado a andar hasta un rincón apartado del mundo (igual que Nora se había alejado de mí en el área de servicio de la autopista), desde donde nos daba la espalda a todos.

La llamábamos así, Babette. El apodo nos gustaba porque sugería cierto grado de pertenencia, y a ella

también porque era del todo suyo y parecía una caricia, con esa cadencia francesa. Creo que Emanuele no llegó a entender qué significaba, puede que un día se tropiece con el cuento de Karen Blixen, o más probablemente con la película, y entonces ate cabos. No obstante, aceptó de buen grado que la señora A. se convirtiera en Babette a partir de un momento determinado, su Babette, y sospecho que relacionaba el mote con las babuchas, por la coincidencia de las primeras letras; las babuchas que se ponía su niñera nada más entrar en casa, como primerísimo gesto, y que volvía a dejar perfectamente alineadas junto al arcón del vestíbulo al terminar la jornada. Cuando un día, tras percatarse del estado lamentable de las suelas, Nora le compró unas babuchas nuevas, las confió al trastero y nunca las utilizó. Así era ella, jamás modificaba nada, más bien se oponía a los cambios en cuerpo y alma, y, aunque su tozudez resultara cómica, a veces incluso tonta, no puedo negar que nos gustaba. En nuestra vida, en la vida de Nora, Emanuele y mía, que por aquel entonces parecía revolucionarse a diario y se tambaleaba peligrosamente al viento como una planta joven, la señora A. era un elemento fijo, un refugio, un árbol viejo de tronco tan ancho que no había forma de rodearlo con tres pares de brazos.

Se transformó en Babette un sábado de abril. Emanuele ya hablaba, pero todavía se sentaba en la trona, así que debió de suceder hace cinco o quizá seis años. La señora A. había insistido durante meses para que fuéramos a comer a su casa al menos una

vez. Nora y yo, expertos en declinar las invitaciones que olieran, aunque fuera levemente, a reunión familiar, nos habíamos escaqueado en repetidas ocasiones, pero ella no se desanimaba y todos los lunes llegaba dispuesta a convocarnos de nuevo para el fin de semana siguiente. Acabamos por rendirnos. Fuimos en coche hasta Rubiana en un estado de extraña concentración, como preparándonos para hacer algo poco espontáneo que fuera a requerir un gran esfuerzo. No estábamos acostumbrados a sentarnos a la mesa con la señora A. Aún no. A pesar del trato cotidiano, pervivía entre nosotros una relación implícitamente jerárquica según la cual, a lo sumo, mientras comíamos y hablábamos de nuestras cosas ella se quedaba allí de pie, ocupada en algo. Incluso es posible que por aquel entonces todavía no nos tuteáramos.

—Rubiana —dijo Nora, observando perpleja la colina cubierta por el bosque—. Imagínate pasar toda la vida aquí.

Visitamos el piso de tres habitaciones en el que transcurría la solitaria viudez de la señora A. y nos deshicimos en cortesías exageradas. La información que teníamos sobre su pasado era escasa (Nora conocía apenas algún detalle más que yo) y, al no poder atribuir un sentido afectivo a lo que veíamos, el ambiente nos pareció ni más ni menos que el de una casa de una pomposidad inútil, un poco *kitsch* y muy limpia. La señora A. había puesto la mesa redonda del cuarto de estar impecablemente, con la cubertería de plata alineada sobre un mantel de flores y unas

pesadas copas de borde dorado. El almuerzo en sí, pensé, parecía un pretexto para justificar la existencia de aquella vajilla, que a todas luces llevaba años sin usarse.

Nos sedujo con un menú estudiado para ofrecer una síntesis de nuestras preferencias: sopa de farro y lentejas, chuletas en escabeche, hinojo gratinado con una bechamel ligerísima y también una ensalada de hojas de girasol cogidas por ella misma, picadas muy finas y aliñadas con mostaza y vinagre. Aún tengo presentes todos los platos y la sensación física de abandonar gradualmente la rigidez inicial para dejarme llevar ante aquellos placeres culinarios.

—¡Es como Babette! —exclamó Nora en un momento dado.

—¿Como quién?

Entonces le contamos la historia, y la señora A. se emocionó al verse en la piel de la cocinera que había dejado el Café Anglais para servir a dos solteras y luego se había gastado todo su dinero para prepararles una cena inolvidable. Se tapó los ojos con el borde del delantal, y de repente nos dio la espalda y fingió que recolocaba algo.

Tardé años en volver a verla llorar, aunque en esa otra ocasión sus lágrimas no eran de alegría, sino de terror. Por entonces teníamos la suficiente confianza para que no se incomodara cuando le cogí la mano y le dije:

—Puedes salir de ésta. Mucha gente se deja vencer, pero tú conoces la enfermedad porque ya la has afrontado una vez. Eres lo bastante fuerte.

Y lo creía de verdad. Luego la vi desintegrarse tan deprisa que no tuvimos ni siquiera la oportunidad de despedirnos adecuadamente, ni el tiempo de encontrar las palabras más indicadas para expresar lo que había significado para nosotros.

El ave del paraíso (I)

El fin llegó con rapidez, pero lo había anunciado un presagio, o al menos de eso quiso convencerse la señora A. durante sus últimos meses, casi como si una advertencia pudiera dar sentido a lo que, en realidad, era una simple desgracia.

En las postrimerías del verano, un año y medio antes de su entierro, trabaja en el huerto de detrás de su edificio. Está arrancando las plantas de las judías verdes, ya inservibles, para hacer sitio a las berzas, cuando un pájaro viene a posarse a pocos pasos de ella, encima de una de las piedras que delimitan el rectángulo de su propiedad.

La señora A., inclinada sobre sus sesenta y ocho años, que sin embargo aún la sostienen, se queda inmóvil para no asustarlo, y el pájaro le dirige una mirada inquisidora. Nunca había visto un ejemplar como ése. Tiene más o menos las dimensiones de una urraca, pero con unos colores completamente distintos: debajo de la cabeza surgen unos retazos amarillo limón que le invaden el pecho y se pierden entre el

plumaje azul de las alas y la espalda; una larga cola de plumas blancas, semejantes a filamentos de algodón, se curva en el extremo como si fuera un anzuelo. No parece alterado por la presencia humana, al contrario: la señora A. tiene la impresión de que se ha posado allí para dejarse admirar. Se le acelera el corazón, no se explica por qué, y casi se le doblan las rodillas. Se pregunta si será una rara y preciada especie tropical, y si tal vez se ha escapado de la jaula de un coleccionista: no existen ejemplares así por la zona de Rubiana. Aunque de hecho, que ella sepa, en Rubiana no hay ningún coleccionista de animales.

De repente, el pájaro dobla la cabeza hacia un lado y empieza a acicalarse un ala con el pico. Sus movimientos tienen algo de pícaro. No, de pícaro no, más bien... ¿Cómo se diría? De altivo, eso. Terminada la limpieza, vuelve a clavar sus ojos negrísimos en los de la señora A. Las alas, pegadas al cuerpo, se estremecen por un instante, y el pecho se hincha con dos respiraciones muy lentas. Al final, despega de la piedra sin hacer ruido y levanta el vuelo. La señora A. sigue su trayectoria, protegiéndose del sol con la mano. Le gustaría continuar mirándolo, pero el pájaro desaparece enseguida entre las encinas del terreno limítrofe.

Por la noche, la señora A. soñó con aquella especie de papagayo que se había posado en su huerto. Cuando me lo contó ya estaba muy enferma, y en aquel punto resultaba imposible distinguir los elementos objetivos

de los que habían sido alterados o incluso habían surgido de la mera sugestión. Sin embargo, creo que sí es cierto que, a la mañana siguiente, buscó una imagen del pájaro en un libro sobre la fauna del valle de Susa que tenía en casa, porque ese libro me lo enseñó. Y también que, al no encontrarla, decidió visitar a un pintor amigo suyo, apasionado de la ornitología, ya que me contó todos los detalles de aquella visita.

De la naturaleza de su relación con el pintor no llegué a entender gran cosa. No parecía sentirse cómoda hablando del tema, quizá por pudor, ya que era un artista conocido (sin duda, la persona más famosa con la que había tratado desde la desaparición de Renato), o tal vez por simple recelo. Sé que esporádicamente cocinaba para él o le hacía algún recado, pero en el fondo era para ese hombre una especie de dama de compañía, una amiga con la que mantenía una relación casta. Tengo la impresión de que se veían más de lo que ella daba a entender. Todos los domingos, después de misa, la señora A. lo visitaba y se quedaba con él hasta la hora de comer. La casa del pintor, con unas hayas altísimas que la ocultaban y una fachada de un rojo intenso, estaba bastante cerca de su piso, a apenas tres minutos en coche o diez a pie por una larga calle asfaltada que describía media circunferencia.

El pintor era enano: ella no tenía reparo en llamarlo así, e incluso pronunciaba esa palabra con un aire de crueldad satisfecha. Después de tantos años, según me confesó, seguía pensando estupideces sobre él; por ejemplo, seguía preguntándose cómo sería

no tocar nunca el suelo con los pies estando sentado. Y le miraba siempre las manos, aquellos dedos regordetes y un poco ridículos que, sin embargo, eran capaces de hacer maravillas. Era el único hombre al que la señora A., con su metro sesenta escaso, superaba en estatura. Aun así, proyectaba una fascinación tan grande y tan densa que al final siempre era ella quien se sentía superada. Pasar el rato a su lado, sentarse en el salón destinado a taller, entre los cuadros y los marcos, le recordaba los tiempos en que Renato la llevaba con él a inspeccionar sótanos y desvanes en busca de alguna pieza rara y olvidada.

—Sería una abubilla —aventuró el pintor aquella mañana de finales de agosto.

Era un hombre arisco y con los años había empeorado mucho, pero la señora A. se había acostumbrado a no hacerle caso. En otros tiempos, según me contó, aquella casa era un ir y venir de galeristas, amigos y modelos desnudas. Ahora pasaban por allí únicamente cuatro mujeres que hacían turnos para atenderlo; eran extranjeras, y ninguna lo bastante guapa como para inmortalizarla en un lienzo. La señora A. sabía que se pasaba casi todo el día rememorando el pasado, que ya casi no pintaba, que estaba solo. Igual que ella.

—Como si no supiera qué aspecto tiene una abubilla. No tiene nada que ver —replicó, tajante.

De un saltito, el pintor bajó de la butaca y desapareció en la habitación contigua. La señora A. se puso a inspeccionar el salón con la mirada, aunque lo conocía perfectamente. Su cuadro preferido estaba

allí, en el suelo, aún por terminar. Representaba a una mujer desnuda sentada a una mesa, con unos bellos pechos apenas divergentes y unos pezones anchos de un rosa mucho más intenso que la piel de alrededor. Delante de ella, había cuatro melocotones de un rojo vivo y un cuchillo con el que tal vez tenía la intención de pelarlos. Pero no se decidía. Se había quedado inmóvil eternamente, esperando el momento propicio.

—Era su mejor cuadro. Pues bien, aquel día me lo acabó allí mismo, delante de mis ojos, en media hora. Me dijo: «¿Has venido en coche? Entonces puedes llevártelo.» Lo hizo por compasión, seguro. Si se lo hubiera pedido, no me lo habría regalado. Pero es que había entendido lo que pasaba. Antes que nadie, antes que los médicos. Lo había entendido por lo del pájaro. Volvió al salón con una carpeta de piel y me la puso en el regazo. «¿Es éste?», me preguntó. Lo reconocí al instante, con aquellas plumas blancas vueltas hacia atrás. Él no había visto ninguno desde hacía años, como mínimo desde el setenta y uno. Creía que habían desaparecido. Y, sin embargo, el ave del paraíso había venido directa hacia mí. La llaman así, «ave del paraíso», pero es un pájaro de mal agüero. Le dije: «Nosotros dos ya estamos viejos. ¿Qué puede hacernos el mal augurio?» Si hasta se me había roto un espejo unos días antes. Ay, pero el pintor se puso hecho una furia. «Pero ¡qué espejo ni qué espejo! —gritaba—. ¡Ese pájaro anuncia la muerte!»

• • •

Una vez pregunté a Nora si había llegado a creerse de verdad la historia del augurio. Me devolvió la pregunta:

—¿Y tú?

—No, evidentemente.

—Pues yo sí, evidentemente. Me imagino que siempre existirá esa diferencia entre los dos.

Era por la noche, tarde, Emanuele dormía y nosotros estábamos recogiendo la cocina con calma. Habíamos dejado encima de la mesa una botella de vino abierta, casi por la mitad.

—¿Qué es lo que más echas en falta de ella?
—dije.

No tuvo necesidad de reflexionar, era evidente que ya había meditado la respuesta.

—Echo de menos la forma que tenía de darnos ánimo. La gente es muy avara con el ánimo. Sólo quieren asegurarse de que tengas aún menos que ellos.

—Nora hizo una larga pausa. Aún no sé si sus pausas son espontáneas o si, en cambio, las calcula cuidadosamente, como una actriz. Entonces añadió—: Ella no, ella siempre nos apoyaba de verdad.

—Nunca me has contado de qué hablabais tanto rato mientras tuviste que hacer reposo en la cama.

—¿Hablabamos mucho?

—Muchísimo.

Bebió un trago de vino directamente de la botella. Sólo se permite ser maleducada por la noche, cuando estamos solos, como si el cansancio y la intimidad la desinhibieran. Se le quedó un rastro rojo y oscuro en los labios.

—Era ella la que hablaba —aseguró—, yo escuchaba. Me contaba cosas de Renato, lo metía en cualquier asunto, como si siguiera vivo. Estoy segura de que, cuando estaba sola en casa, hablaba en voz alta con él. Me confesó que aún ponía su cubierto en la mesa, después de tantos años. Siempre he pensado que era muy romántico. Romántico y un poco patético. Pero todo lo que es muy romántico también es patético, ¿no?

Nora y yo nos empeñábamos en mantener conversaciones así casi todas las noches, sobre todo durante los primeros meses tras la muerte de la señora A. Era la estrategia que habíamos ideado para no sucumbir a las incertidumbres: volver sobre lo mismo una y otra vez, diluirlas en el diálogo, hasta que teníamos la impresión de sacar sólo aire limpio por la boca. La señora A. era el único testigo verdadero de la empresa que acometíamos día tras día, el único testigo del vínculo que nos unía, y cuando nos hablaba de Renato era como si quisiera apuntar algo sobre nosotros, pasarnos las claves de una relación absoluta e incorrupta, aunque también desafortunada y breve. Para recorrer un largo camino, todo amor necesita que alguien lo vea y lo reconozca, que lo valore; de otro modo, se arriesga a que lo tomen por un malentendido. Sin su mirada, nos sentíamos en peligro.

Al final, llegamos tarde al entierro. Estábamos listos a la hora indicada, pero luego nos entretuvimos con alguna tarea intrascendente, como si lo que nos espe-

raba fuera un compromiso que había que despachar como tantos otros. Emanuele estaba especialmente inquieto, caprichoso, no dejaba de hacer preguntas concretas sobre lo que significaba ir al cielo, sobre la imposibilidad de que una persona no regresara. Eran preguntas cuyas respuestas conocía, dudas ficticias con las que daba aliento a la excitación (el primer entierro: ¿no es eso motivo de estupor para un niño?), pero nosotros no teníamos demasiadas ganas de seguirle la corriente. No le hicimos caso.

Por el camino, la disgregación familiar se completó. Nora me acusaba de haber escogido el trayecto más largo, y yo me dediqué a enumerar todas las tareas inútiles con las que se había entretenido antes de salir; maquillarse, por ejemplo, como si a un entierro hubiera que ir maquillada. Si la señora A. hubiera estado allí con nosotros, habría sacado a relucir alguna sentencia de su colección y nos habría hecho callar; en cambio, en aquel momento, nos esperaba serena y protegida con madera de pino para empezar la ceremonia.

Entramos muy avergonzados en la iglesia, donde se había congregado más gente de la que esperaba. De la homilía escuché poco, agobiado por la preocupación que suponía haber aparcado a toda prisa en una calle estrecha. Me imaginaba que algún transporte público, uno de esos autocares de provincias, esperaba encajado detrás de mi coche, con los pasajeros en la acera preguntándose quién sería el idiota que los había dejado allí tirados, pero no me decidía a salir a mirar. Evitamos los abrazos finales porque no

había nadie a quien pudiéramos consolar con nuestra presencia, y tal vez porque sentíamos que éramos nosotros quienes teníamos derecho al consuelo.

Emanuele quería seguir al féretro hasta la tumba. Nos pareció un capricho, una curiosidad tonta, de modo que no le dejamos. Un entierro no es cosa para niños, y aquél en concreto no era cosa para nosotros. Hay situaciones que deben dejarse para la intimidad de la familia, de los amigos íntimos, ¿y quiénes éramos nosotros para la señora A.? Los dueños de la casa donde trabajaba, no mucho más. La muerte recompone los papeles según un orden de importancia formal, zurce al instante los desgarrones de las reglas afectivas que uno se ha permitido en vida, y poco importaba que Emanuele fuera lo más parecido a un nieto para la señora A., o que a nosotros, a Nora y a mí, nos gustara considerarnos sus hijos adoptivos. No lo éramos.